

Macrina Ocampo en la lucha campesina

La catedral metropolitana ha sido testigo de innumerables huelgas de hambre, de manifestaciones campesinas y obreras y de concentraciones políticas. Ahora le toca presenciar a la vez, dos escenarios distintos entre sí: uno es la celebración de las fiestas patrias en donde se trata de revivir a fuerza un pasado que jamás volverá; y el otro es la huelga de hambre que llevan desde el primero de septiembre 3 mujeres y 10 hombres de varias comunidades indígenas, miembros de la Coordinadora Nacional de Pueblos Indios (CNPI).

Rosa María Velasco se declaró en huelga porque su esposo Abel García, representante de Bienes Comunales de San Martín Sotepan, Veracruz, es acusado de homicidio. Ofelia Partido es esposa de José Guadalupe Fernández Uribe, representante de los comuneros de San Salvador Tecamachalco en Los Reyes La Paz, Estado de México; junto con Victor Manuel González, se encuentran presos por invasión de tierras. Eufemia Soto de Nativitas, Tlaxcala, está en huelga al igual que Rosa María y Ofelia sólo para apoyarlas.

En Tres Zapotes de Santiago de Tuxtla, Veracruz, también se encuentran en huelga varias mujeres y hombres. Genaro Domínguez, asesor jurídico de la CNPI, explica que sus demandas son la liberación de Abel García, José G. Fernández y Victor M. González por cargos infundados, y la restitución de tierras de varios ejidos entregados por los gobiernos estatales de Veracruz y Chiapas, invadidos y reclamados después por supuestos comuneros y propietarios.

En medio de estas demandas se encuentran Julia Cosme, ejidataria



Elena Gottdiener

de Tres Zapotes y Macrina Ocampo Hernández, presidenta municipal de San Juan de la Lana, Oaxaca. Julia, al igual que sus compañeras, llevó a cabo una huelga de hambre hace más de un año por los mismos motivos pero en situaciones diferentes. Las tierras que logró para su comunidad ahora han sido invadidas y por eso anda nuevamente de un lado para otro; entregando escritos a los periódicos, recibiendo víveres y asistiendo a las audiencias en la Secretaría de la Reforma Agraria y en la de Gobernación. Por su parte, Macrina se encuentra en la Ciudad de México apoyando al movimiento

cada vez que sus ocupaciones se lo permitan.

fem conoció a Macrina en medio de esta lucha campesina y ahí platicó con ella, sentadas en el frío concreto de una fría e indiferente ciudad.

Macrina tiene la edad que aparenta: 30 años. Es una de los 12 hijos que tuvieron sus padres, indígenas chinantecos de San Juan de La Lana, Oaxaca. Viste como cualquier muchacha de la ciudad, su pelo es corto, su cara cuadrada y sus brazos delgados. Es soltera y sólo estudió hasta el tercer año de primaria.

“Aunque yo no estudié, desde

niña me interesé por la situación de mi comunidad. Desesperada buscaba la forma de defender nuestros derechos, nuestras tradiciones, nuestras costumbres, pero no sabía cómo hacerlo.

“Ya de joven empecé a asistir a las asambleas de los hombres (indígenas) para conocer más a fondo los problemas. Como nunca iban mujeres no me invitaban y cuando fui, se sorprendieron mucho, pero no me corrieron. En San Juan de La Lana las mujeres participan poco porque son muchos los problemas que las detienen: no saben leer ni escribir y menos expresarse bien en español; luego se casan y llegan a tener hasta doce hijos y siempre están ocupadas en las labores del hogar.

“Yo no quería hacer eso y seguí asistiendo con mis compañeros en asambleas. En 1982 conocí a la CNPI e ingresé a ella. Ahí empecé a participar más y más. Muchos me amenazaban con encarcelarme y otros hasta de matarme como los caciques Fernando Pérez Feria, Carlos Calderón y Vicente Paulino López. Mi madre se preocupó mucho y me pidió que dejara la lucha pero yo no acepté y seguí adelante.

“Como me tomaban por la cabecilla del grupo —aunque no lo era— mis compañeros me apoyaron en 1986 para ser presidente municipal. Cuando resulté electa con más de 3 mil votos— San Juan de La Lana recuperó el poder nuevamente y ahora es gobernado por el mismo pueblo chinanteco. Hacía mucho tiempo que ahí no se votaba porque unos cuantos caciques se encerraban en la presidencia y entre ellos tachaban las boletas.

“No estamos del todo bien porque mi pueblo todavía no se ha dado cuenta del poder que recuperamos y por eso nuestra lucha se está llevando muy lenta. A las mujeres las he tratado de organizar pero es muy duro; algunas ya participan más pero a muchas les falta valor.

“Mi primer año de gobierno fue muy difícil porque los caciques me obstaculizaron demasiado. En el se-

Campesinas organizadas

Victoria Herrera es la secretaria general de Acción Femenil de la Central Campesina Independiente (CCI); lleva ahí trabajando 23 años, dos después de que se formara la CCI. En el país tienen 31 secretarías de Acción Femenil, una por estado, además de los centros regionales. El total de sus agremiados fluctúa entre los dos y medio millones, y poco menos de la mitad son mujeres.

—Victoria, ¿de qué se ocupa la Secretaría de Acción Femenil?

—Propicia la incorporación de la mujer a las actividades agropecuarias, basándose en el derecho que le asiste a la mujer campesina para la tenencia de la tierra. Nosotros tenemos la obligación de organizar sus derechos, siempre bajo la legalidad; para que luego las dependencias gubernamentales correspondientes se encarguen de capacitarlas, orientarlas, de que llegue el crédito y de que se incorporen a la producción agropecuaria en igualdad de condiciones que el hombre.

—¿Cómo trabajan?

—La CCI lleva a cabo un recorrido por las comunidades y lugares más retirados, ahí nos constatamos su modo de vivir, nos cercioramos de sus problemas y carencias, en estas bases hacemos programas de acuerdo a las necesidades de cada comunidad. En las giras que he realizado durante mucho tiempo, nunca me he topado con una organización que lleve un programa así, o sea que se hace un programa a nivel nacional, con objetivos generales y metas generales. Nada es particular.

—En esos años de trabajo, ¿qué es lo que ha visto de las mujeres campesinas?

—A la mujer campesina puede faltarle preparación, una educación adecuada; pero están dotadas de un valor admirable para poder contribuir al desarrollo de su comunidad, a la educación de sus hijos, al trabajo en su familia y en el campo. Pero desde luego le falta una educación, elemento fundamental para que puedan sobresalir, educación que desde luego les debe proporcionar el gobierno.

—¿No se las ha dado?

—Sí, pero son programas que no se materializan, muy buenos, muy bien redactados, pero no se llevan a cabo. O si no, hacen un programa por aquí, otro por allá, pero no algo que necesiten verdaderamente los campesinos. Por eso la mujer todavía está marginada, tiene poco acceso a la organización, a la capacitación para poder llevar una actividad productiva. A pesar de que lo dicta la ley, no tiene un crédito suficiente y oportuno para llevar a cabo sus actividades.

—¿Y los programas que ha realizado el gobierno para la incorporación de la mujer campesina al desarrollo?

—Sí hay programas, muchos, pero no abarcan a todas las mujeres campesinas, porque todas tienen distintos problemas. Esto se ve marcado porque en los ejidos que están al pie de la carretera, llegan trabajadoras sociales y se percatan de su situación; entonces, en las comunidades indígenas más retiradas, ni el maestro quiere asistir porque no tiene un hospedaje adecuado, porque no hay carretera, no hay agua, no hay luz. Ni los doctores permanecen en esos lugares. Entonces las mujeres están marginadas junto con su comunidad. Si los programas dicen que se le debe dar una educación necesaria,

gundo se lograron muchas cosas. El municipio es uno de los más marginados de Oaxaca y por eso no cuenta con ningún servicio público. Este año se lograron firmar contratos de luz; ya se están instalando nueve centros de salud; para octubre se comenzará la obra para establecer un entronque con una carretera; y se pidieron más maestros para las

15 primarias del municipio. Estos trámites nunca se habían hecho; ahora falta que se lleven a cabo eficazmente. Yo me encargaré de eso porque aunque termine mi período, seguiré exigiendo y seguiré luchando.

“Heladio Ramírez López, gobernador de Oaxaca, nos ha apoyado bastante, pero esa ayuda casi nunca

nos llega porque la mayoría de sus colaboradores son unos corruptos y nunca cumplen sus órdenes.

“Para llevar a cabo las obras, el ayuntamiento de San Juan de La Lana recibe este año 11 millones de pesos —el año pasado sólo fueron cinco— que tenemos que ir a recoger a la Ciudad de Oaxaca cada vez que podamos. Nosotros, las autoridades, no tenemos sueldo. Sólo recibimos una dieta (pago) de 50 mil pesos mensuales —el año pasado eran 30 mil— que nos da el gobierno del estado. Con ese dinero no podemos ni mal comer pero la misma comunidad nos ayuda. Nosotros no estamos en el poder por dinero; ni queremos, ni podemos, ni debemos pedir una cantidad exagerada porque nuestro interés no es el dinero sino buscar el bienestar del pueblo.”

Macrina habla muy fluido con su incorrecto español, porque también habla su idioma. También sabe lo que va a decir porque lo ha dicho miles de veces y no por eso se desalienta. Conoce muy bien su comunidad y sabe que todavía falta mucho por hacer. Todas sus palabras van dirigidas a su pueblo.

En San Juan de La Lana se siembra maíz, frijol, ajonjolí, chile, yuca, camote y café. Los primeros productos son para autoconsumo y los demás, principalmente el café, se comercializa. No existe una tienda Conasupo que ayude a controlar los precios, por eso el maíz se vende a 600 pesos el kilogramo, el frijol a

¿Cómo se puede lograr si el maestro no quiere ir?, nadie quiere ir. Es un problema muy complejo.

—¿La CCI puede hablar de logros?

—En Baja California Norte y Sur, en Campeche, en Sonora, en Durango las UAIM, están trabajando con buenos ingresos, unas con crédito y otras sin él, porque el mismo ejido las ha podido organizar. Pero falta mucho por hacer.

—¿Cuáles son los problemas más frecuentes?

—Hay muchos y también muy complejos. Por ejemplo, a veces los comisariados ejidales no quieren entregar la parcela, libre, destinada a la UAIM; a veces la negocian, la trabajan o la rentan. Otro, es el que se les dificulta la comercialización porque hay mucha competencia; venden los productos a otros ranchos, van al mercado, tienen un puesto, pero no hay una comercialización grande que las ayude a progresar. Otro es el crédito; Banrural dice que no hay dinero, que el proyecto de la UAIM está incompleto, que la capacitación no es la correcta, pero esa capacitación también le corresponde a la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos y el banco; la SARH, por ejemplo, da un adiestramiento pero no se encarga de la realidad social; el banco también pero no hay una visión total de la problemática de la mujer campesina. Los intereses son otro problema; si las mujeres organizadas no pueden comercializar eficazmente sus productos, o si no pueden obtener ingresos adicionales, se les dificulta pagar los intereses y eso las lleva a fracasar.

—Entonces, ¿qué es lo que falta?, ¿es necesario que las campesinas pertenezcan a una organización?

—Sí. Cualquier organización sólo tiene el papel de gestora, hablar “en nombre de”. A veces es necesario buscar a alguien quien las represente, porque luego las autoridades no las toman en cuenta o ellas mismas no se saben expresar. No tienen miedo pero les falta mayor capacitación. Entonces cualquier organización a la que pertenezcan, les ayudan a orientarse. Ellas quieren trabajar por la misma necesidad económica que es más grande que sus costumbres, pero no las dejan. Hay dos problemas para que las organizaciones campesinas de cualquier tipo intervengan en apoyo a la mujer; primero, a nivel hogar, se opone el esposo, el hermano o el papá; cuando se logra un eficaz convencimiento, llega el segundo nivel, las autoridades ejidales, que no les dan apoyo necesario porque le temen a la competencia. Nadie está consciente de que la mano de obra femenina es indispensable para el progreso del país, porque somos más de la mitad y porque en este tiempo de crisis no la vamos a desperdiciar. Se tiene que lograr, entonces, igualdad en derechos; la mujer no necesita favoritismo, sólo apoyo. (G.L.)



Elena Gottdliener

1500 y el azúcar a 890 (casi los mismos precios que en la Ciudad de México). Macrina afirma que estos precios son muy altos para su pueblo, además de que ahí no se conoce el Pacto (de Solidaridad Económica).

“Los reporteros siempre me preguntan qué es de mi vida personal, que si estoy bien, que ni no me he casado. No puedo dedicarme a mí, primero porque tengo que defender mi tierra, mis recursos, mi idioma, mis derechos como chinanteca. Tengo que darles el ejemplo a las otras mujeres para que se unan a la lucha, hacerles comprender que la defensa de la tierra no tienen que hacerla sólo los hombres. La lucha tiene que ser pareja. Si hubiera tenido un hogar, mis hijos, mi compañero, me hubiera sentido mal al saber que alrededor existe la represión. Hoy lucho con y por mi pueblo, después será lo demás. . .”

Macrina Ocampo se levanta y se dispone a seguir su lucha. Ahora se dirige a los pocos peatones soli-



Ana Victoria Jiménez

darios que se detienen para presentar un grupo de danzantes que lograron obtener media hora de permiso para bailar, de los policías que se encuentran en la catedral: “Me

extraña que la gente en México no apoye nuestra lucha. Nosotros venimos de Oaxaca, de Chiapas, de Veracruz, de Hidalgo y de Tlaxcala a defender nuestros terrenos. . . (G.L.)

Campesinas programadas

En el Programa de Acción para la Participación de la Mujer Campesina en el Desarrollo Rural (¡72 letras!), generado del Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988, se propuso impulsar, generar, apoyar, revisar, promover, combatir, elevar, alentar, fortalecer, brindar y procurar “hacer llegar los beneficios del desarrollo” a las mujeres campesinas. El documento fue retomado por la Secretaría de la Reforma Agraria, SRA, y lo convirtió en Programa de Participación de la Mujer Campesina en la consecución del Desarrollo Rural (dos letras más), PROMUDER.

Se organizaron varios subprogramas algunos de corte paternalista como el de Apoyo a la Economía Familiar que ofrece despensas ali-

menticias. Otros más eficaces pero que requieren mayor presupuesto, son los siguientes:

— Regularización y apoyo a los procesos de ocupación y oferta-demanda de empleo para las campesinas. De 1984 a 1988 se asignó un presupuesto de 1 030.7 millones de pesos para crear empleos en 15 estados de la República a través de la Unidad Agrícola Industrial de la Mujer, UAIM.

— Capacitación agropecuaria, industrial y de asistencia, celebrando convenios con el Instituto Politécnico Nacional, IPN; el Instituto Nacional de Educación para los Adultos, INEA, y el Consejo Nacional para la atención a la Juventud, CREA.

— Salud para la mujer mediante

convenios con el ISSSTE y la Secretaría de Salud.

— Investigación sobre la problemática rural de la mujer campesina realizándose el 4 de agosto de 1987 la primera Reunión Nacional de Coordinación Interinstitucional para la Participación de la Mujer Campesina.

LAS UAIM: UNICA ALTERNATIVA

Pocos programas, sub-programas o proyectos han logrado sus objetivos y sobrevivido en tres sexenios. El programa más importante de todos esos es el de las Unidades Agrícolas Industriales de la Mujer, UAIM.

La UAIM surge en 1971 en la